





Selección de cuentos



Marcel Proust



Selección de cuentos

Marcel Proust

Marcel Proust, uno de los autores del siglo XX que ha conseguido más gloria literaria, nació en París en el año 1871 y falleció en 1922. Destacó en el liceo Condorcet, posteriormente aplicó para el servicio militar en Orleáns y de joven asistió a la Universidad de La Sorbona de manera irregular. Durante sus años juveniles desarrolló un gusto por los lujos y reuniones con la aristocracia, que fueron de gran influencia para su obra y visión del mundo.

En 1896 llegaría su primera publicación compuesta de relatos y ensayos: *Los placeres y los días.* En 1905, a partir de la muerte de su madre empezó a aislarse de las reuniones sociales y transcurrió los diez últimos años de su vida casi recluido y dedicado a la escritura de su voluminosa obra: *En busca del tiempo perdido (1913 – 1927).* Se puede afirmar, sin duda, que esta serie de novelas es de largo aliento, de gran complejidad narrativa y evoca precisamente el tiempo de la juventud. La edición del primer libro, *Por el camino de Swann (1913)* fue costeado por el mismo autor, debido al poco interés de los editores; el segundo, *A la sombra de las muchachas en flor (1918)*, tuvo una buena recepción de parte de la crítica; mientras que los siguientes tomos fueron publicados póstumamente.

Finalmente fallece el 18 de noviembre de 1922. El legado de su obra es de largo alcance, no por nada es considerado como uno de los precursores de la novela contemporánea. En busca del tiempo perdido navega entre dos aguas: el modernismo y la vanguardia; aunque con un fuerte contenido existencialista a través del cual se muestra su hondura psicológica.

Marcel proust

Selección de cuentos



Selección de cuentos
Marcel Proust

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerreo
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

El final de los celos

I

“Danos los bienes, los pidamos o no, y aleja de nosotros los males aún cuando te los pidiéramos”.

“Esta plegaria me parece hermosa y segura. Si encuentras algo que recobrar, no lo ocultes”.

PLATÓN

Mi pequeño árbol, mi asnito, mi madre, mi hermano, mi país, mi pequeño Dios, mi extranjerito, mi pequeño loto, mi pequeña caparazón, querido mío, mi plantita, vete, déjame que me vista y lo encontraré en la calle de la Baume, a las ocho. Te lo ruego, no llegues después de las ocho y cuarto porque tengo mucha hambre.

Quiso cerrar la puerta de su cuarto sobre Honorio, pero él le dijo una vez más: “¡Cuello!”. Y ella ofreció en seguida su cuello con una docilidad y un exagerado apresuramiento que lo hicieron reír a carcajadas.

—Aun cuando no lo quisieras —le dijo—, hay entre tu cuello y mi boca, entre tus orejas y mis bigotes, entre tus manos y mis manos, pequeñas amistades particulares. Estoy convencido de que no concluirían, si dejáramos de amarnos, en la misma forma que, desde que estoy disgustado con mi prima Paula, no puedo impedirle a mi lacayo que vaya todas las noches a hablarle a su mucama. Por sí misma y sin mi consentimiento es que mi boca se dirige a tu cuello.

Estaban ahora a un paso uno del otro. De pronto sus miradas se descubrieron y cada uno trató de fijar en los ojos del otro el pensamiento de que se amaban; se quedó ella así, por un segundo de pie y cayó luego sobre una silla, ahogándose como si hubiera corrido. Y se dijeron casi al mismo tiempo, con una exaltación seria, pronunciando fuertemente con los labios, como para besar:

“¡Amor mío!”

Ella repitió con un tono fastidioso y triste, sacudiendo la cabeza:

—Sí, amor mío.

Ella sabía que él no podía resistir ese pequeño movimiento de la cabeza; se arrojó sobre ella, besándola y le dijo lentamente: “¡Mala!”. Y con tanta ternura que los ojos de ella se humedecieron.

Dieron las siete y media. El partió.

Al volver a su casa, Honorio se repetía para sí: “Mi madre, mi hermano, mi país —se detuvo—, sí, mi país..., mi pequeña caparazón, mi arbolito”. Y no pudo dejar de reír- se al pronunciar esas palabras que tan pronto se habían hecho para su uso, esas palabritas que pueden parecer vacías y se llenaban de un infinito significado. Entregándose sin pensarlo al genio inventivo y fecundo de su amor, se habían visto dotadas gradualmente por él, de una lengua propia, como para un pueblo; de armas, de juegos y de leyes.

A tiempo que se vestía para la comida, su pensamiento estaba suspendido sin esfuerzo del momento en que iba a volver a verla, como un gimnasta toca ya el trapecio aun alejado hacia el cual va volando o como una frase musical parece alcanzar el acorde que ha de resolverla y la acerca, con toda la distancia que los separa por la misma fuerza del deseo que la promete y la llama. Así es como atravesaba Honorio rápidamente la vida desde hacía un año, apresurándose desde la mañana hacia la hora de la tarde en que la vería. Y sus días, en realidad, no estaban compuestos de dote o catorce horas diferentes, sino de cuatro o cinco medias horas, de su espera y de su recuerdo.

Honorio había llegado hacía algunos minutos, a casa de la princesa de Alériouvre, cuando entró la señora de

Seaune. Ella saludó a la dueña de casa y los distintos invitados y no pareció tanto saludar a Honorio; sino tomarle la mano, como hubiera podido hacerlo en medio de una conversación. Si su unión hubiera sido conocida; pudo haberse creído que llegaran juntos y que ella había esperado algunos instantes, en la puerta para no entrar al mismo tiempo que él pero hubieran podido no verse durante dos días (lo que no les había pasado una sola vez en un año) y no experimentar esa alegre sorpresa de volver a encontrarse que está en el fondo de todo saludo amistoso, porque como no podían estar cinco minutos sin pensar uno en el otro, no podían volver a encontrarse nunca, ya que nunca se separaban.

Durante la comida, cada vez que se hablaban, sus modales sobrepasaban en vivacidad y dulzura a las de una amiga y un amigo, pero llevaban el sello de un respeto majestuoso y natural que desconocen los amantes. Parecían así semejantes a esos dioses que recuerda la fábula y que han habitado bajo disfraces entre los hombres o como dos ángeles cuya fraterna familiaridad exalta la alegría pero no disminuye el respeto que inspire la nobleza común a su origen y su sangre misteriosa. Al mismo tiempo que él experimentaba el poder de los iris y las rosas que reinaban lánguidamente sobre la mesa, se penetraba poco a poco el aire con el perfume de esa ternura que Honorio y Francisca exhalaban naturalmente. En

ciertos momentos, parecía perfumar con una violencia más deliciosa aún que su dulzura habitual, violencia que la naturaleza no les había permitido moderar, a los lilac florecidos más que al heliotrope al sol o bajo la lluvia.

Así es como por no ser secreta su ternura no era sino más misteriosa. Cada cual podía acercársele como esas pulseras impenetrables y sin defensa, en las muñecas de una enamorada, que llevan escrito en caracteres desconocidos y visibles el nombre que la hace morir o vivir y que parecen ofrecer sin cesar el significado a los ojos curiosos y desilusionados que no pueden captarlo.

"¿Cuánto tiempo la amaré todavía?", se decía Honorio al levantarse de la mesa. Recordaba muchas pasiones que a su nacimiento creyera inmortales para habían durado poco y la certeza de que ésta concluiría algún día ensombrecía su ternura.

Entonces recordó que la misma mañana, mientras estaba en misa, en el momento en que el sacerdote que leía el Evangelio decía: "Jesús, extendiendo la mano, les dijo: Esta criatura es mi hermano, también es mi madre y todos los de mi familia", había ofrecido un instante a Dios toda su alma, tembloroso, pero muy alto como una palma y había rezado: "¡Dios mío! ¡Dios mío!, hazme la gracia de que la ame siempre. Dios mío, es la única gracia que os pido, haced, mi Dios, que lo podéis, que la ame siempre:"

Ahora en una de esas horas totalmente físicas, en que el alma se esfuma en nosotros detrás del estómago que digiere, la piel que goza por una reciente ablución y una ropa fina, la boca que fuma, el ojo que se satisface de hombres desnudos y de luces, repetía más blandamente su plegaria, dudando de un milagro que iría a alterar la ley psicológica de su inconstancia, de tan imposible ruptura como las leyes físicas de la gravedad o de la muerte.

Ella vio sus ojos preocupados, se levantó y acercándose a él, que no la había visto, como estaban bastante lejos de los demás, le dijo con ese tono arrastrado, llorón, ese tono de niño que le hacía reír siempre y como si acabara de hablarle.

—¿Qué?

El se echó a reír y le dijo:

—No pronuncies una sola palabra más o te beso, me entiendes, te beso delante de todos.

Ella se rio primero y recobrando su airecillo triste y descontento, para divertirlo, le dijo:

—Sí, sí, está muy bien, no pensabas en mí, en absoluto.

Y él, mirándola entre risas, repuso:

—¡Qué bien saber mentir!— y con dulzura agregó:

"¡Malvada, malvada!".

Ella lo abandonó y fue a conversar con los demás. Honorio pensaba: "Trataré, cuando sienta que mi corazón se aparta de ella, de contenerlo tan suavemente que ella ni lo sentirá. Seré siempre igualmente tierno, igualmente respetuoso, le ocultaré el nuevo amor que habrá reemplazado en mi corazón a mi amor por ella, con tanto cuidado como le oculto hoy los placeres que sólo mi cuerpo goza aquí y allá, fuera de ella". (El miró del lado de la princesa de Alériouvre). Y por su parte, la dejaría arraigar gradualmente su vida en otra parte, con otros vínculos. No sería celoso, designaría él mismo aquellos que le parece- rían poder ofrecerle un homenaje más decente o más glorioso. Cuanto más imaginaba en Francisca a otra mujer que no amaría ya, pero de la que gozaría sabiamente todos los atractivos espirituales, más ese reparto le parecía fácil y noble. Las palabras, amistad tolerante y dulce, hermosa caridad para los más dignos con lo mejor que se posee, afluían blandamente a sus labios distendidos.

En ese instante, Francisca vio que eran las diez, saludó y se fue. Honorio la acompañó hasta el coche, la besó imprudentemente en la oscuridad y volvió.

Tres horas más tarde Honorio regresaba a pie con el señor de Buivres, cuyo regreso del Tonkín se festejara esa noche. Honorio lo interrogaba acerca de la princesa de Alériouvre, que, viuda más o menos en la misma época, era mucho más hermosa que Francisca. Honorio, sin estar enamorado de ella, hubiera tenido un gran placer en poseerla si hubiese estado seguro de poderlo hacer sin que lo supiera Francisca y sufriera por ello.

—No se sabe nada de ella— dijo el señor de Buivreso por lo menos no se sabía nada cuando me fui, porque desde que he vuelto, no he visto a nadie.

—En una palabra, no había nada muy fácil esta noche -concluyó Honorio.

—No, gran cosa no— repuso el señor de Buivres; y como Honorio había llegado a la puerta, iba a concluir allí la conversación, cuando agregó el señor de Buivres:

—Excepto la señora de Seaune, a quien debió haber sido presentado usted, porque usted estaba en la comida. Si le tenía ganas, es muy fácil. En cuanto a mí, ella no me diría eso.

—Pero nunca he oído decir lo que me está diciendo usted— dijo Honorio.

— Es usted joven —repuso Buivres—, y mire, esta noche había alguien que anduvo con ella y de qué modo; creo que es, innegablemente, ese muchachito Francisco de Gouvres. Dice que tiene un temperamento... Pero según parece, su cuerpo deja que desear. No ha querido seguir. Apuesto a que en este mismo momento está de parranda en alguna parte. ¿Ha notado usted cómo siempre se retira temprano?

—Vive sin embargo, desde que enviudó, en la misma casa de su hermano y no se arriesgaría a que el portero cuente que vuelve tarde.

—Pero, hijo, desde las diez a la una de la mañana hay tiempo de hacer muchas cosas. ¿Y además, qué se sabe? Pero ya va a ser la una, lo dejo acostarse.

Él mismo tocó la campanilla; al cabo de un instante se abrió la puerta; Buivres tendió la mano a Honorio que lo saludó maquinalmente, entró y sintió al mismo tiempo unos deseos locos de volver a salir; pero la puerta se había cerrado pesadamente tras de él y con excepción de su candelero que lo esperaba ardiendo con impaciencia al pie de la escalera, no había ninguna luz. No se atrevió a despertar al portero para que le abriese y subió a su casa.

II

“Nuestros actos son nuestros ángeles buenos y nuestros ángeles malos, las sombras fatales que andan a nuestro lado”.

Beaumont y Fletche

La vida había cambiado muchísimo para Honorio desde el día en que el señor de Buivres le dijera —entre tantos otros— unas cosas parecidas a las que el mismo Honorio escuchara o pronunciara tantas veces con indiferencia, pero que no dejaba ya de oír, durante todo el día, cuando estaba solo y por la noche. En seguida le había planteado unas preguntas a Francisca, que lo amaba demasiado y sufría con exceso por su pena, para pensar en ofenderse; ella le juró que no lo engañó nunca y que no lo engañaría jamás.

Cuando estaba junto a ella, cuando tenía sus manecitas, a las que decía, repitiendo el verso de Verlaine

“Bellas manecitas que cerraréis mis ojos”, cuando le oía decirle: “Hermano mío, mi país, mi bienamado” y que se prolongaba su voz indefinidamente en su corazón con la dulzura natal de las campanas, la creía; y si ya no se sentía tan feliz como antaño, por lo menos no le parecía imposible que su corazón convaleciente encontrase de nuevo algún día la felicidad.

Pero cuando estaba lejos de Francisca, a veces también cuando, junto a ella, veía brillar sus ojos con las luces que se imaginaba al punto encendidas antaño —quién sabe, tal vez ayer como lo estarían mañana— por otro; cuando, acabando de ceder al deseo totalmente físico de otra mujer y recordando cuántas veces había cedido y pudo mentir a Francisca sin dejar de amarla, no le parecía más absurdo suponer que ella también le mentía, que ni siquiera era necesario no amarla para mentirle y que antes de conocerlo, se había arrojado sobre otros con ese ardor que ahora lo quemaba y le parecía más terrible que el ardor que le inspiraba a ella no le parecía dulce porque la veía con la imaginación que todo lo aumenta.

Entonces, trató de decirle que la había engañado; lo ensayó, no por venganza o necesidad de hacerla sufrir como a él, sino para que de vuelta también le dijese ella la verdad, sobre todo para no sentir, ya que la mentira lo habitaba, para expiar los pecados de su sensualismo; ya que para crearle un objeto a sus celos, le parecía

por momentos que era su propia mentira y su propio sensualismo los que proyectaba sobre Francisca.

Una tarde, al pasear por los Campos Elíseos, trató de decirle que la había engañado. Le espantó verla palidecer y caer sin fuerzas sobre un banco, pero mucho más cuando apartó sin cólera, pero con dulzura, en un abatimiento sincero y desesperado, la mano que él le acercaba. Durante dos días, creyó haberla perdido o más bien que la había recobrado. Pero esa prueba involuntaria, deslumbrante y triste que acababa de darle ella de su amor, no le bastaba a Honorio. Aunque hubiese adquirido la certeza imposible de que nunca había pertenecido a nadie más que a él, el sufrimiento desconocido que supiera su corazón la noche en que el señor de Buivres lo acompañara hasta su puerta, no un sufrimiento similar o el recuerdo de ese sufrimiento, sino ese mismo sufrimiento, no hubiera dejado de apenarlo aunque le demostraran que carecía de motivo. Así es como temblamos aún al despertarnos, ante el recuerdo del asesino que ya hemos reconocido como la ilusión de un sueño; de ese modo sufren los amputados durante toda su vida en la pierna que ya no tienen.

En vano había caminado durante el día, se había agotado a caballo, en bicicleta, tirando esgrima; inútilmente se había encontrado con Francisca, la había llevado a su

casa y por la noche había recogido en sus manos, en su frente, en sus ojos, la confianza, la paz, una dulzura de miel para volver a su casa y una vez más, tranquilizado y rico con la provisión olorosa; apenas regresado empezaba a inquietarse, se acostaba ligero para dormirse antes de que se alterara su felicidad que, acostada con precaución en todo el bálsamo de esa ternura, reciente y fresca de una hora apenas, llegaría a través de la noche, hasta el día siguiente, intacta y gloriosa como un príncipe de Egipto; pero sentía que las palabras de Buivres, o tal o cual de las imágenes que se formara desde entonces, iban a aparecérsele en el pensamiento y que entonces se acabaría el sueño. No había aparecido aún esa imagen, pero la sentía ya dispuesta, y endureciéndose contra ella, volvía a encender su vela, leía, se esforzaba con el sentido de las frases que leía en llenar su cerebro sin tregua y sin dejar ningún hueco, para que la espantosa imagen no tuviese ni por un momento un lugar aún insignificante.

Pero la encontraba de pronto, y ahí estaba y ya no podía hacerla salir; la puerta de su atención que mantenía con todas sus fuerzas hasta agotarse, se había abierto por sorpresa; se volvió a cerrar, iba a pasar toda la noche con esa horrible compañera. Entonces, ya era seguro; se había concluido, esta noche, como las otras, ya no podría dormir un minuto; bien, se acercaba a la botella de bromidia, bebía tres cucharadas y convencido

ahora de que se dormiría, espantado aún de pensar que no podría sino dormir, sucediese lo que sucediese, volvía a pensar en Francisca con espanto, con desesperación, con odio. Aprovechando que ignoraban su unión con ella, quería hacer apuestas acerca de su virtud con otros hombres, lanzarlos sobre ella, ver si se entregaba, tratar de descubrir algo, de saberlo todo, ocultarse en un cuarto (recordaba haberlo hecho por diversión cuando era más joven) y verlo todo. No se enojaría primero con los demás, ya que lo preguntaría con la apariencia de bromear —sin ello, qué escándalo, qué cólera—, pero sobre todo a causa de ella, para ver si al día siguiente cuando le preguntara: "¿No me has engañado nunca?", ella iba a contestarle: "Nunca", con esa misma expresión de amor. Quizás lo confesara todo y de hecho sólo hubiera sucumbido bajo sus artificios. Y entonces esa hubiera sido la operación saludable, después de la cual su amor se curaría de la enfermedad que lo mataba, a él, como la enfermedad de un parásito mata al árbol (no tenía más que mirarse en el espejo débilmente illuminado por su vela nocturna para estar seguro de ello). Pero no, porque la imagen volvería siempre; cuánto más fuerte que las de su imaginación y con qué potencia de asestamiento incalculable sobre su pobre cabeza, ni siquiera trataba de imaginárselo.

Entonces, de pronto, pensaba en ella, en su dulzura, en su ternura, en su pureza y quería llorar del ultraje que por un segundo había pensado inferirle.

¡La idea solamente de proponerle eso a unos compañeros de fiesta!

Pronto sentía el escalofrío general, el desfallecer que antecede en algunos minutos al sueño por la bromidia. De golpe, sin advertir nada, ningún sueño, ninguna sensación, entre su último pensamiento y ésta, se decía: "¿Cómo no me he dormido aún?", pero al ver que ya era pleno día, comprendía que durante más de seis horas el sueño de la bromidia lo había poseído sin saborearlo.

Esperaba que se hubiesen calmado un poco las puntadas en la cabeza, luego se levantaba y trataba en vano, con el agua fría y la caminata, de conseguir algunos colores, para no parecerle demasiado feo a Francisca, a su cara pálida y a sus ojos cansados. Al salir de su casa, iba a la iglesia y ahí, curvado y fatigado, con todas las últimas fuerzas desesperadas de su cuerpo doblegado que quería erguirse y rejuvenecer, con su corazón enfermo y envejecido que quería curar, con su espíritu, hostigado sin tregua y jadeante y que quería paz, oraba a Dios. Dios, a quien apenas dos meses atrás le pedía la gratis de amarla siempre a Francisca; oraba a Dios ahora con la misma fuerza, siempre con la fuerza de ese amor que antaño, seguro de morir, pedía vivir y que ahora, espantado de vivir, imploraba la muerte; le oraba que le hiciera la gratis de no amarla más a Francisca, de no

amarla por más tiempo, de no amarla siempre, de hacer que pudiese imaginársela en los brazos de otro sin sufrir, ya que sólo podía imaginársela en brazos de otro. Y quizás ya no se la imaginaría así, cuando pudiera pensar sin dolor en ella.

Entonces recordaba cuánto había temido no quererla siempre, cuánto grababa entonces en su recuerdo, para que nada pudiese borrarlos, sus mejillas siempre ofrecidas a sus labios, su frente, sus manecitas, sus ojos graves, sus rasgos adorados. Y de pronto, advirtiéndolos despiertos de su tranquilidad tan suave por el deseo de otro, quería no pensar más y sólo volvía a ver con más persistencia, sus mejillas ofrecidas, su frente, sus manecitas —oh, también sus manecitas—, sus ojos graves, sus odiados rasgos.

A partir de ese día, espantándose primeramente él mismo de entrar en un camino semejante, no la dejó ya a Francisca, espiando su vida, acompañándola en sus visitas, siguiéndola en sus compras, esperando una hora a la puerta de las tiendas. Si hubiera podido pensar que así la impedía engañarlo materialmente, hubiera renunciado sin duda, temiendo que lo odiase; pero lo dejaba hacer con tanta alegría de sentirlo siempre junto a sí, que esa alegría lo ganó gradualmente y lentamente lo llenaba de una confianza, de una certeza que no hubiera podido darle ningu- na prueba material, como esos alucinados

que uno consigue curar a veces haciéndoles tocar con la mano el sillón, como si fuera la persona viva que ocupaba el lugar en que creían ver un fantasma, expulsando así el fantasía del mundo real, por la misma realidad que no le deja más lugar.

Honorio trataba de ese modo, iluminando y llenando en su espíritu con ocupaciones ciertas todos los días de Francisca, de suprimir esos vacíos y esas sombras en donde se agazapaban todos los malos espíritus de los celos y de las dudas que lo asaltaban a cada noche. Volvió a dormir; sus sufrimientos eran más escasos, más breves y si entonces la llamaba, algunos instantes de su presencia lo calmaban para toda una noche.

III

> Debemos confiarnos al alma hasta el final;
> porque cosas tan hermosas y tan magnéticas
> como las relaciones del amor no pueden ser
> suplantadas y reemplazadas sino por cosas
> más hermosas y de un grado más alto.
>
> Emerson

El salón de la señora de Seaune, de soltera princesa de Galaise - Orlandes, de quien hemos hablado en la primera parte de este relato bajo su nombre de Francisca, sigue siendo hoy uno de los salones más cotizados de París. En una sociedad en que un título de duquesa la hubiera confundido can tantas otras, un nombre burgués se distingue como un lunar en el rostro y a cambio del título perdido por su casamiento con el señor Seaune, adquirió ese prestigio de haber renunciado voluntariamente a una gloria que levanta tan alto, por una imaginación bien nacida, como los pavos reales blancos, los cisnes negros las violetas blancas y las reinas en cautiverio.

La señora de Seaune ha recibido mucho este año y el pasado, pero su salón estuvo cerrado durante los tres años anteriores, es decir, los que siguieron a la muerte de Honorio de Tenvres.

Los amigos de Honorio que se alegraban de ver que poco a poco recobraba su buen aspecto y la alegría de antaño, lo encontraban a cada rato con la señora de Seaune y atribuían su mejoría a esa unión que creían muy reciente. Fue dos meses apenas después del completo restablecimiento de Honorio que sucedió el accidente de la avenida del Bosque de Boulogne, en la que un caballo desbocado le quebró las dos piernas.

El accidente tuvo lugar el primer martes y la peritonitis se declaró el domingo. Honorio recibió la extremaunción el lunes y fue llevado al otro mundo ese mismo día a las seis de la tarde. Pero desde el martes, día del accidente, al domingo a la noche, él fue el único en creer que estaba perdido.

El martes, a las seis, después de haber recibido las primeras curas, pidió que lo dejaran solo, pero que le subieran las tarjetas de las personas que habían ido a interesarse por su estado.

Esa misma mañana, hacía más a menos ocho horas, había bajado a pie por la avenida del Bosque de Boulogne.

Había respirado y exhalado alternativamente el aire mezclado de brisa y de sol, había reconocido en el fondo de los ojos de las mujeres que seguían con admiración su belleza rápida, un instante perdido en el mismo desvío de su caprichosa alegría, luego se adelantó sin esfuerzo, y muy pronto entre los caballos al galope y humeantes, gozó en la frescura de su boca ávida y refrescada por el aire suave, la misma alegría profunda que embellecía esa mañana la villa, el sol, la sombra, el cielo, las piedras, el viento del este y los árboles, tan majestuosos como hombres erguidos, tan descansados como mujeres dormidas, en su inmovilidad deslumbradora.

En un momento dado, había mirado la hora, volvió sobre sus pasos y entonces... sucedió aquello. En un segundo, el caballo, que no viera, le había quebrado las dos piernas. Ese segundo no se le aparecía en absoluto como debiendo ser necesariamente tal. En ese mismo segundo, hubiera podido estar algo más lejos, o algo menos lejos, o el caballo pudo haberse apartado o si hubiese llovido hubiera regresado antes a su casa o si no hubiese mirado la hora, no hubiera vuelto y continuaría hasta la cascada. Pero sin embargo, eso que hubiera podido no ser a tal punto que podía fingir por un instante que no era más que un sueño eso era una cosa real, eso formaba ahora parte de su vida, sin que toda su voluntad pudiese cambiar nada. Tenía las dos piernas rotas y el

vientre magullado. ¡Oh, en sí mismo el accidente no era tan extraordinario!, recordaba que no hacía siquiera ocho días, durante una comida en casa del doctor S..., se había hablado de C..., herido del mismo modo por un caballo desbocado. El doctor, al preguntársele, por su estado, había dicho: “Mal asunto”. Honorio insistió, preguntó acerca de la herida y el doctor contestó con una expresión importante, pedante y melancólica:

“Pero es que no sólo se trata de su herida; es todo un conjunto; sus hijos le dan disgustos; no tiene ya la posición de antes; los ataques de los diarios lo han herido. Quisiera equivocarme, pero está en un estado bastante deplorable”. Dicho eso, como el doctor se encontraba en un estado excelente, por el contrario, de mejor salad, más inteligente y mejor considerado que nunca, como Honorio sabía que Francisca lo amaba cada vez más y que el mundo había aceptado su unión y se inclinaba tanto frente a la grandeza del carácter de Francisca, como frente a su felicidad; como, por fin, la mujer del doctor S . . ., conmovida al imaginarse el fin miserable y el abandono de C..., les prohibía por higiene a sí misma y a sus hijos ya fuera pensar en acontecimientos tristes como asistir a entierros, cada cual repitió por última vez : “Pobre C..., mal asunto”, sorbiendo una última copa de vino de champagne y percibiendo, por el placer que sentían al beberlo, que “el asunto” de ellos seguía siendo excelente.

Pero ya no era lo mismo. Honorio se sentía ahora sumergido en el pensamiento de su desgracia, como lo había estado a menudo en el pensamiento de la desgracia de los demás y no podía, como entonces, volver a levantarse dentro de sí. Sentía que se le sustraía bajo los pies ese piso de la buena salud, sobre el cual crecen nuestras resoluciones más elevadas y nuestras más graciosas alegrías, como hunden las raíces en la tierra negra y mojada las encinas y las violetas; y tropezaba a cada paso dentro de sí mismo. Al hablar de C..., en esa comida en la que volvía a pensar, el doctor había dicho: "Ya, antes del accidente y de los ataques de los diarios, lo había encontrado a C..., me pareció amarillo, ojeroso, una cabeza muy mala". Y el doctor se había pasado la mano, de una destreza y una belleza célebres, por la cara regordeta y rosada, a lo largo de su barba fina y bien cuidada, y cada cual se había imaginado complacido, su propio buen aspecto así como un propietario se detiene para mirar con satisfacción a su inquilino, un joven, apacible y rico. Ahora, al mirarse Honorio en el espejo estaba espantado de su "cara amarilla" y de su "mala cabeza". Y en seguida, la idea de que el doctor diría acerca de él las mismas palabras que acerca de C..., y con la misma indiferencia, lo asustó. Aquellos que se le acercarían llenos de compasión se apartarían bastante pronto como de un objeto peligroso para ellos; acabarían por obedecer las protestas de su buena salud, de su

deseo de ser feliz y de vivir. Entonces su pensamiento fue a dar sobre Francisca y doblegando los hombros, bajando la cabeza a su pesar, como si la orden de Dios hubiese estado allí, levantada sobre él, comprendió con una tristeza infinita y sometida que había que renunciar a ella. Tuvo la sensación de la humildad de su cuerpo inclinada en su debilidad de niño, con su resignación de enfermo, bajo ese inmenso pesar y tuvo compasión de sí mismo, como frecuentemente, a toda la distancia de su vida entera, se había contemplado con enternecimiento, muy niño, y tuvo ganas de llorar.

Oyó que golpeaban la puerta. Traían las tarjetas que pidiera. Bien sabía que vendrían a interesarse por su estado, porque no ignoraba que su accidente era grave, pero a pesar de ello no creyó que hubiera tantas tarjetas y le espantó comprobar que había venido tanta gente que lo conocía tan poco y sólo se hubiera molestado por su casamiento o su entierro.

Era un montón de tarjetas y el portero las traía con precaución para que no se cayesen de la bandeja grande de donde rebosaban. Pero de pronto, cuando tuvo cerca eras tarjetas, el montoncito le pareció algo minúsculo, ridículamente pequeño en verdad, mucho más pequeño que la silla o la estufa. Y lo espantó más aún que fuera tan poco y se sintió tan solo, que para distraerse se puso

a leer febrilmente los nombres; una tarjeta, dos tarjetas, tres tarjetas, ¡ah ! se estremeció y miró de nuevo: "Conde Francisco de Gouvres". Sin embargo, debía imaginarse que el señor de Gouvres se enteró de su estado, pero hacía tiempo que no había pensado en él y en seguida las frases de Buivres: "Había esta noche alguien que anduvo con ella y de qué modo; es Francisco de Gouvres; dice que tiene un buen temperamento; pero parece que tiene un cuerpo muy mal formado y no quiso seguir", le volvieron a la memoria y sintiendo que todo el sufrimiento antiguo surgía en un momento desde el fondo de la conciencia a la superficie, se dijo: "Ahora me alegro, si es que estoy perdido. No morirme, quedarme baldado ahí y durante años, todo el tiempo que ella no está conmigo, una parte del día, toda la noche, verla en casa de otro. Y ahora ya no sería por la enfermedad que la vería así, estoy seguro. ¿Cómo podría amarme todavía siendo un amputado?". De pronto se interrumpió. "¿Y si me muero, después de mí...?"

Ella tenía treinta años, franqueó de un salto el tiempo más o menos largo en que lo recordaría y le permanecería fiel. Pero llegaría un momento... él dijo "que tenía un buen temperamento"... "Quiero vivir, quiero vivir y quiero andar, quiero seguirla por todas partes, quiero ser buen mozo, quiero que me quiera."

En ese momento tuvo miedo al oír su respiración sibilante; le dolía el costado, su pecho parecía haberse acercado a su espalda, no respiraba como quería, trataba de tomar aliento y no podía. A cada segundo se sentía respirar y no respirar lo suficiente. Llegó el médico. Honorio no tenía más que un ligero ataque de asma nerviosa. Partido el médico se quedó más triste; hubiera preferido que fuera más grave y que lo compadecieran. Porque bien sentía que si no estaba grave, otra cosa lo estaba y que se iba. Ahora recordaba todos los sufrimientos físicos de su vida y se desesperaba; nunca los que más lo amaban lo habían compadecido con el pretexto de que era nervioso. En los terribles meses que había pasado después de su vuelta con Buivres, cuando se vestía a las siete después de haber andado toda la noche, su hermano, que se despertaba un cuarto de hora durante las noches que seguían a las comidas demasiado abundantes, le decía:

—Eres muy regalón; yo tampoco duermo algunas noches. Y además, uno cree que no duerme y siempre se duerme un poco.

Es verdad que era muy regalón; en el fondo de su vida oía a la muerte que nunca lo había dejado del todo y que sin destruir su vida por entero, la minaba, tan pronto aquí, tan pronto allá. Ahora aumentaba su asma,

no podía recobrar el aliento, todo su pecho realizaba un doloroso esfuerzo para respirar. Y sentía que se apartaba el velo que nos oculta la vida, la muerte que está dentro de nosotros y advertía qué cosa horrible es respirar y vivir.

Luego se sentía transportado al momento en que ella quedaría consolada y entonces, ¿qué sucedería? Y sus celos enloquecieron ante la incertidumbre del acontecimiento y de su necesidad. Hubiera podido impedirlo, viviendo; no podía vivir, ¿y entonces? Ella diría que iba a ingresar en un convento y luego se arrepentiría una vez que hubiera muerto. No, prefería no ser engañado dos veces, y saber. ¿Quién? ¿Gouvres, Alériouvre, Buivres, Breyves? Los vio a todos y apretando sus dientes, sintió la furiosa rebeldía que en ese momento debía indignarle el rostro. Se calmó por sí mismo. No, no será eso, no un hombre de placer; deberá ser un hombre que la ame de veras. ¿Y por qué no quiero que sea un hombre de placer? Estoy loco de preguntármelo, es tan natural. Porque la quiero por sí misma y quiero que sea feliz. No, no es eso, es que no quiero que le exciten los sentidos, que le proporcionen más placer del que le he proporcionado yo, que no le den nada. Está bien que la hagan dichosa, quiero que le den amor, pero no quiero que le den placer. Tengo celos del placer del otro, de su placer. No tendría celos de su amor. Es necesario que se casa, que escoja bien... A pesar de todo, será algo triste.

Entonces le volvió uno de sus deseos de niño, del niño que era cuando tenía siete años y se acostaba todas las noches a las ocho. Cuando su madre, en lugar de quedarse hasta medianoche en su cuarto, que estaba al lado del de Honorio y acostarse luego, debía salir a eso de las once y hasta entonces no vestirse, le suplicaba que se vistiera antes de comer y que partiera no importaba dónde, ya que no podía soportar la idea de que mientras trataba de dormir, se preparaban en la casa para una velada, para partir. Y para complacerlo y calmarlo, su madres vestida y escotada, a las ocho venía a despedirse de él y se iba a casa de una amiga, a esperar la hora del baile. Solo así, en esos días tan tristes para él, en que su madre iba de fiesta, podía dormirse, pesaroso pero tranquilo.

Ahora la misma súplica, que le hacía a la madre, la misma plegaria a Francisca, le subía a los labios. Hubiera querido pedirle que se casara en seguida, que estuviese lista, para poder, por fin, dormir para siempre, desesperado, pero tranquilo y nada inquieto de lo que sucedería después que se quedara dormido.

En los días que siguieron, trató de hablarle a Francisca, que como el mismo médico no lo creía perdido y rechazó con una energía suave pero inflexible la propuesta de Honorio. . .

Tenían tal costumbre de decirse la verdad que cada uno decía incluso la verdad que podía apenar al otro, como si allá en el fondo de cada cual, de su ser nervioso y sensible cuyas susceptibilidades había que escatimar, hubiesen sentido la presencia de un Dios, superior a indiferente a todas esas precauciones buenas para niños y que exigía y debía la verdad. Y frente a ese Dios que estaba en el fondo de Francisca, Honorio, y frente a ese Dios que estaba en el fondo de Honorio, Francisca, habían sentido unos deberes ante los cuales cedían el deseo de no apenarse, de no ofenderse, las mentiras más sinceras de la ternura y la compasión.

Por eso, cuando Francisca le dijo a Honorio que vivía, bien sintió él que ella lo creía y se convenció poco a poco "Si debo morir, ya no tendré más celos una vez muerto; ¿pero hasta que me muera...? Mientras viva mi cuerpo, sí. Pero ya que solo tengo celos del placer, ya que solo mi cuerpo sufre celos, ya que de lo que tengo celos, no es de su corazón, no es de su dicha, que quiero por quien sea más capaz de hacerlo; cuando desaparezca mi cuerpo, cuando el alma triunfe de él, cuando me haya desprendido poco a poco de las cosas materiales como una noche en que estuve muy enfermo, entonces no desearé ya el cuerpo con locura y amaré tanto más el alma, ya no sentiré celos. Entonces amaré de verdad. No puedo darme cuenta completamente de lo que será

entonces, ahora que mi cuerpo está muy vivo y rebelde, pero puedo imaginármelo un poco, por esas horas en que con la mano de Francisca entre las mías, encontraba en una ternura infinita y sin deseos, la tranquilidad de mis sufrimientos y mis celos. Mucho me costará dejarla, pero de ese pesar, que otrora me acercaba más a mí mismo, que un ángel venía para consolarme dentro de mí mismo; ese pesar que me ha revelado el amigo misterioso de los días de desdicha, mi alma; ese pesar tranquilo, gracias al cual me sentiré más hermoso para comparecer ante Dios y no la horrible enfermedad que me ha dolido durante tanto tiempo sin elevar mi corazón, como un daño físico que lacera, que degrada y que disminuye, es mi cuerpo, con el deseo de su cuerpo que me liberará. Sí, pero hasta entonces, ¿qué será de mí?, más débil, más incapaz de resistir a él que nunca, doblegado sobre mis dos piernas quebradas, cuando queriendo correr hasta ella para ver que no estaba donde la había soñado, me quedaré allí, sin poder moverme, burlado por todos aquellos que podrán gozarla tanto como lo querrán, en mis propias barbas de impedido; que ya no temerán".

La noche del domingo al lunes, soñó que se ahogaba, sintió un peso enorme sobre el pecho. Pedía por favor, no tenía ya fuerzas para desplazar todo ese peso, el sentimiento de que todo eso estaba sobre él desde hacía mucho tiempo, le era inexplicable, no podía tolerarlo

un segundo más, se sofocaba. De pronto se sintió milagrosamente aliviado de todo ese peso, que se alejaba, se alejaba, liberado para siempre. Y se dijo: “Estoy muerto”.

Y veía que se elevaba por encima de él todo lo que había pasado tanto tiempo hasta asfixiarlo; creyó ante todo que era la imagen de Gouvres, luego solo sus sospechas, luego sus deseos, luego esa voz de otrora, desde la mañana, gritando por el momento en que iba a verla a Francisca, luego el pensamiento de Francisca. Eso iba adquiriendo, a cada momento, otra forma, como una nube; iba creciendo, creciendo sin cesar y ahora ya no se explicaba cómo esa cosa que consideraba inmensa como el mundo había podido permanecer sobre él, sobre su reducido cuerpo de horrible débil, sobre su pobre corazón de hombre sin energías y cómo no había quedado aplastado. Y comprendió que sí había quedado aplastado y que lo que había llevado era una vida de aplastado. Y esa cosa inmensa que pesara sobre su pecho con toda la fuerza del mundo comprendió que era su amor.

Luego volvió a decirse: “¡Vida de aplastado!”, y recordó que en el momento en que el caballo lo atropellara, se había dicho: “Me va a aplastar”, recordó su paseo, recordó que esa mañana debía almorzar con Francisca y entonces por ese desvío, le volvió el pensamiento de su amor. Y se dijo: “¿Era mi amor el que pesaba sobre mí?

¿Qué sería si no era mi amor? ¿Mi carácter, tal vez? ¿Yo, o todavía la vida?” Luego pensó: “No, cuando me muera, no quedaré liberado de mi amor, sino de mis deseos carnales, de mi avidez carnal, de mis celos.” Entonces dijo: “Dios mío; hacedla llegar pronto, Dios mío, para que conozca el amor perfecto.”

El domingo a la noche se declaró la peritonitis; el lunes por la mañana, a eso de las diez, tuvo fiebre, quería a Francisca, la llamaba con los ojos ardientes. “Quiero que tus ojos brillen también, quiero darte un placer como nunca... quiero hacerte... hasta te causaré daño”. Luego, de pronto, empalidecía de furor. “Ya veo por qué no quieres, ya sé lo que te hiciste hacer esta mañana, dónde y por quién y sé que quería buscarme, ponerme detrás de la puerta para que os viera, sin poderme echar sobre ustedes ya que no tengo más piernas, sin poder impedirlo, porque tendrían ustedes más placer al verme; conoce tan perfectamente todo lo necesario para causarte placer; pero te mataré antes, antes te mataré y todavía antes me mataré. ¡Ve! ¡Me he matado!”. Y caía sin fuerzas sobre el almohadón.

Se calmó gradualmente y buscando con quién podría casarse después de su muerte, pero eran siempre las imágenes que apartaba, la de Francisco de Gouvres, la de Buivres, las que lo torturaban y volvían siempre.

A mediodía recibió los óleos. El médico había dicho que no pasaría de la tarde. Perdía sus fuerzas con mucha velocidad, no podía ya recibir alimento, no oía casi nada.

Su cabeza quedaba libre y sin decir nada, para no apenarla a Francisca, a la que veía agobiada; pensaba en ella, después que ya no sabría él nada, que ya no sabría más nada de ella, que no podría amarlo ya. Los nombres que había dicho maquinalmente, todavía esa mañana, de aquellos que la poseerían quizás, volvieron a desfilar por su cabeza mientras que sus ojos seguían una mosca que se le acercaba al dedo como si quisiera tocarlo, luego volaba y volvía sin tocarlo, sin embargo; y como reanimando su atención dormida por un momento, volvía el nombre de Francisco de Louvres y se dijo que, en efecto, tal vez la poseería y al mismo tiempo pensaba: "¿Tal vez la mosca irá a tocar la sábana?, no, todavía no", entonces, sustrayéndose bruscamente a su ensueño: "¿Cómo?, una de ambas cosas no me parece más importante que la otra. ¿Gouvres la poseerá a Francisca, la moats tocará la sábana? ¡Oh, la posesión de Francisca es algo más importante!" Pero la exactitud con que percibía la diferencia que separaba esos dos acontecimientos, le señaló que no lo conmovían mucho más, uno y otro. Y se dijo: "¡Cómo, eso me da lo mismo! ¡Qué triste es!" Luego advirtió que no decía: "qué triste es", sino por costumbre y que como había cambiado del todo, no era ya triste el haber cambiado. Una vaga sonrisa aflojó sus labios. "Ese

es, dijo, mi puro amor por Francisca. Ya no tengo celos, es que me acerco a la muerte; pero qué importa ya que eso era necesario para poder sentir, por fin, el verdadero amor de Francisca".

Pero entonces, levantando la mirada la vio a Francisca, en medio de los sirvientes, del doctor, de dos viejas parientas, que oraban todos allí cerca de él. Y descubrió que el amor, puro de todo egoísmo, de toda sensualidad, que quería tan dulce, tan amplio y tan divino en él, quería a las viejas parientas, los sirvientes, el mismo médico tanto como a Francisca y que como ya tenía por ella el amor de todas las criaturas a la que su alma, similar a la de ellos, lo unía ahora, ya no tenía más amor por ella. Ya ni podía concebir pena por ello, a tal punto todo amor exclusivo de ella, la misma idea de una preferencia por ella, quedaba abolido ahora.

Entre lágrimas, al pie de la cama, murmuraba las más hermosas palabras de antaño: "Mi país, mi hermano." Pero él, sin la voluntad ni la fuerza de desengañarla, sonreía y pensaba que su "país" ya no estaba en ella, sino en el cielo y en toda la tierra. Repetía en su corazón: "Mis hermanos" y si la miraba más que a los demás, solo era por compasión, por el torrente de lágrimas que veía manar de sus ojos; sus ojos que pronto se cerrarían y ya no lloraban. Pero no la amaba más y de otra manera que al médico, a las viejas parientas y a los sirvientes. Y ese era el final de sus celos.

Una comida

I

“¿Pero, Fundanius, que compartía con vos la felicidad de esa comida? Me preocupa saberlo”.

Horacio.

Honorio estaba atrasado. Saludó a los dueños de casa, a los invitados que conocía, fue presentado a los demás y pasaron a la mesa. Al cabo de algunos instantes, un jovencito, su vecino, le pidió que le nombrara y le dijera quiénes eran los invitados. Honorio nunca lo había encontrado en sociedad. Era muy buen mozo. La dueña de casa le echaba a cada rato unas miradas incendiarias que explicaban bastante por qué lo había invitado y que pronto formaría parte de su círculo. Honorio sintió en él a una potencia futura, pero sin envidia, por cortés benevolencia, se creyó en el deber de contestarle. Miró en torno. Frente a él, dos vecinos no se hablaban: por una torpe buena intención los habían invitado juntos y colocados juntos porque ambos se ocupaban de literatura. Pero a ese primer motivo de odio, agregaban

otro más particular. El de más edad, parientedoblemente hipnotizado de Paul Desjardins y del señor de Vogue, afectaba un desdeñoso silencio frente al más joven, discípulo favorito de Mauricie Barrés, que a su vez lo considerase irónicamente. La malevolencia de cada uno, exageraba por lo demás bien en contra de su voluntad, la importancia del otro, como si se hubiese enfrentado el jefe de los canallas con el rey de los imbéciles. Más allá, una soberbia española comía rabiosamente. Esa noche había sacrificado sin vacilaciones una cita, a la probabilidad de adelantar su carrera social yendo a comer en una casa elegante. Y en verdad que tenía muchas posibilidades de haber calculado bien. El "snobismo" de la señora Fremer era para sus amigas y el de sus amigas era para ella algo así como un seguro mutuo contra el aburguesarse. Pero el azar había querido que la señora de Fremer reuniese precisamente esa noche a un "stock" de gente que no había podido invitar a sus comidas, con quienes por distintos motivos le interesaba quedar bien y que reuniera casi mezclados. El todo estaba adornado con una duquesa, pero que ya conocía la española y de la que ya nada podía sacar. Por eso cambiaba unas miradas irritadas con su marido, del que se oía siempre en las reuniones, la voz gutural decir sucesivamente, con un intervalo de cinco minutos entre cada pregunta, cubierto por otras tareas: ¿Quisiera usted presentarme al duque? Señor duque, ¿quisiera usted presentarme

a la duquesa? Señora duquesa, ¿puedo presentarle a mi mujer?”. Exasperado de perder su tiempo, se había resignado sin embargo a entablar la conversación con su vecino, el socio del dueño de casa. Desde hacía más de un año, Fremer le suplicaba a su mujer que lo invitara. Había cedido al fin y lo disimulaba entre el marido de la española y un humanista. El humanista, que leía demasiado, también comía demasiado. Incurría en citas y en eructos, y esas dos incomodidades repugnaban de igual modo a su vecina, una noble, plebeya, la señora de Lenoir. Pronto había llevado la conversación a las victorias del príncipe de Buivres en el Dahomey y decía con voz enternecida: “¡Querido muchacho! ¡Cómo me alegra que honre así a la familia!” Efectivamente, era prima de los Buivres, que todos más jóvenes que ella, la trataban con la deferencia que le valían su edad, su adhesión a la familia real, su gran fortuna y la constante esterilidad de sus tres casamientos. Había volcado sobre los Buivres todo lo que podía experimentar en cuanto a sentimientos de familia. Sentía una vergüenza personal por las suciedades del que tenía un proceso judicial y alrededor de su frente bien pesada, sobre sus “bandas” orleanistas, llevaba naturalmente los laureles del que era general. Intrusa en esa familia hasta entonces tan cerrada, se había convertido en su jefe y en algo así como su decano. Se sentía de veras exiliada en la sociedad moderna y hablaba siempre con enternecimiento de “los

viejos hidalgos de antaño". Su "snobismo" no era más que imaginación y por lo demás, toda su imaginación. Los nombres opulentos de pasado y gloria tenían un poder singular sobre su espíritu sensible, por lo que halla- ba unos goces tan desinteresados en comer con príncipes como en leer memorial del antiguo régimen. Llevaba siempre los mismos racimos de cabellos, ya que su peinado era tan invariable como sus principios. Sus ojos chispeaban de tontería. Su cara sonriente era noble, su mímica excesiva a insignificante. Tenía, por confianza en Dios, una misma agitación optimista en la víspera de un garden party o de una revolución, con unos gestos rápidos que parecían conjurar el radicalismo o el mal tiempo. Su vecino el humanista, le hablaba con una cansadora elegancia y con una facilidad terrible para formular sentencias; incurría en citas de Horacio para disculpar a los ojos de los demás y poetizar para sí mismo su gala y su embriaguez. Invisibles rosas antiguas, frescas sin embargo, ceñían su estrecha frente. Pero con una cortesía pareja y que le resultaba fácil, porque veía en ello el ejercicio de su poder y el respeto, hoy escaso, de las antiguas tradiciones, la señora de Lenoir le hablaba cada cinco minutos al socio del señor Fremer. Este, por otra parte, no tenía de qué quejarse. Desde el otro extremo de la mesa, la señora de Fremer le dirigía las alabanzas más encantadoras. Quería que esa comida contusa para varios años y decidida a no evocar por mucho tiempo

a ese aguafiestas, lo enterrara bajo flores. En cuanto al señor Fremer, que trabajaba durante el día en su banco y por la noche era arrastrado por la mujer a la sociedad o guardado en casa cuando se recibía, siempre dispuesto a devorarlo todo, siempre amordazado, había concluido por guardar en las circunstancias más indiferentes, una expresión, mezcla de irritación sorda, de resignación amohinada, de exasperación contenida y de profundo embrutecimiento. Sin embargo, esa noche dejaba lugar en la cara del financista a una satisfacción cordial todas las veces que sus miradas se encontraban con las de su socio. Aunque no pudiese soportarlo en lo habitual de la vida, sentía por él unas ternuras fugitivas, aunque sinceras, no porque lo deslumbraba fácilmente con su lujo, sino por esa misma vaga fraternidad que nos conmueve en el extranjero, a la vista de un francés aunque sea odioso. Él, tan violentamente arrancado cada noche a sus hábitos, tan cruelmente desarraigado, sentía un vínculo, habitualmente odiado, pero fuerte que lo acercaba por fin a alguien y lo prolongaba, para hacerlo salir, más allá de su feroz y desesperado aislamiento. Frente a él, la señora de Fremer miraba en los ojos encantados de los invitados su rubia belleza. La doble reputación que la aureolaba era un prisma engañador a través del cual cada uno trataba de percibir sus verdaderos rasgos. Ambiciosa, intrigante, casi aventurera, al decir de la finanza que había abandonado por destinos de mayor brillo, aparecía

por el contrario a los ojos del barrio y de la familia real, a los que conquistara, como un espíritu superior, como un ángel de dulzura y de virtud. Por lo demás, no había olvidado a sus antiguos amigos más humildes, los recordaba especialmente cuando estaban enfermos o de luto, circunstancias conmovedoras en las que por otra parte, como no se frecuenta la sociedad, no puede quejarse uno de que no lo inviten. Por ahí franqueaba los impulsos de su caridad y en las conversaciones con los parientes o los sacerdotes en la cabecera de los moribundos, derramaba sinceras lágrimas, matando uno por uno los remordimientos que su vida harto fácil inspiraba a su escrupulosa corazón.

Pero la más amable invitada era la joven duquesa de D..., cuyo espíritu despierto y claro, nunca perturbado ni inquieto, contrastaba tan curiosamente con la incurable melancolía de sus bellos ojos, el pesimismo de sus labios, el infinito y noble cansancio de sus manos. Esa poderosa amante de la vida bajo todas sus formas, bondad, literatura, teatro, acción, amistad, mordía sin marchitarlos, como una flor desdeñada, sus hermosos labios rojos, cuyas comisuras levantaba apenas una sonrisa desencantada. Sus ojos parecían prometer un espíritu naufragado para siempre en las enfermizas aguas del remordimiento. ¡Cuántas veces en la calle, en el teatro, unos transeúntes pensativos habían encendido

su sueño en esos astros tornadizos! Ahora, la duquesa, que recordaba un vodevil o combinaba unos vestidos; no dejaba por ello de estirar tristemente sus nobles falanges resignadas y pensativas y paseaba en su entorno miradas desesperadas y profundas que ahogaban los invitados impresionables bajo los torrentes de su melancolía. Su exquisita conversación se adornaba negligentemente con las elegancias mustias y tan encantadoras de un escepticismo ya antiguo. Acababa de surgir una discusión y esa persona, tan absoluta en su vida y que estimaba que existía una sola manera de vestirse, repetía a cada cual: "¿Pero por qué no ha de poder decirse y pensarlo todo? Puedo tener razón yo, usted también. Qué terrible y estrecho es tener una sola opinión". Su espíritu no estaba como su cuerpo vestido a la última moda y bromeaba con facilidad a simbolistas y creyentes. Pero sucedía con su espíritu como con esas mujeres encantadoras que son lo bastante vivas y hermosas como para gustar vestidos de antiguallas. Por lo demás, tal vez fuera coquetería voluntaria. Ciertas ideas demasiado crudas hubieran apagado su espíritu como ciertos colores que le prohibía a su cutis.

A su vecino buen mozo, Honorio le había hecho de esas diferentes figuras un boceto rápido y tan benevolente que a pesar de sus profundas diferencias, parecían todas similares, la brillante señora de Torreno, la ingeniosa

duquesa de D..., la hermosa señora de Lenoir. Había descuidado su único rasgo común o... mejor la misma locura colectiva, la misma epidemia repugnante de que estaban atacados todos, el "snobismo". Y más aún, de acuerdo a sus naturalezas afectaba formas distintas y había mucha distancia del "snobismo" imaginativo y poético de la señora Lenoir al "snobismo" conquistador de la señora de Torreno, ávida como un funcionario que quiere ocupar los primeros puestos. Y sin embargo, esa mujer terrible era capaz de humanizarse de nuevo. Su vecino acababa de decirle que había admirado a su hijita en el parque Monceau. En seguida había quebrado su indignado silencio. Había experimentado por ese oscuro contador, una simpatía agradecida y pura que quizás no hubiera sido capaz de sentir por un príncipe y ahora charlaban como viejos amigos.

La señora de Fremer presidía las conversaciones con una satisfacción visible causada por el sentimiento de la alta misión que estaba llevando a cabo. Acostumbrada a presentar los grandes escritores a las duquesas, se creía ella misma una especie de ministro de Relaciones Exteriores todopoderoso y que aún en el protocolo llevaba un espíritu soberano. En la misma forma, un espectador que digiere en el teatro ve por debajo de él, ya que los juzga, a artistas, público, autor, reglas del arte dramático y genio. La conversación se desarrollaba

por lo demás con un andar bastante armonioso. Se había llegado a ese momento de las comidas en que los vecinos tantean la rodilla de las vecinas o las interrogan acerca de sus preferencias literarias, de acuerdo a los temperamentos y educación, de acuerdo sobre todo a la vecina. Por un instante pareció, inevitable un incidente. Como el hermoso vecino de Honorio tratara de insinuar, con la imprudencia de la juventud, que en la obra de Heredia había quizás más pensamiento de lo que se decía en general, los invitados turbados en sus costumbres del espíritu adoptaron una actitud melancólica. Pero como la señora de Fremer exclamó en seguida: "Al contrario, no son más que camafeos admirables, esmaltes suntuosos, orfebrerías sin una tacha", la animación y la satisfacción reaparecieron en todos los rostros. Una discusión sobre los anarquistas fue más grave. Pero la señora de Fremer, como inclinándose con resignación frente a la fatalidad de una ley natural, dijo lentamente: "¿Para qué todo eso? Siempre habrá ricos y pobres". Y toda esa gente, entre los cuales el más pobre tenía por lo menos cien mil francos de renta, sorprendidos por esa verdad, liberados de sus escrúpulos, vaciaron con alegría cordial su última copa de vino de Champagne.

II

Después de la comida

Honorio, que sentía que la mezcla de vinos lo había mareado un poco, partió sin despedirse, retiró su abrigo abajo y empezó a bajar a pie por los Campos Elíseos. Sentía una infinita alegría. Las barreras de imposibilidad que cierran a nuestros deseos y nuestros sueños al campo de la realidad, estaban rotos y su pensamiento circulaba alegremente a través de lo irrealizable, exaltándose con su propio movimiento.

Lo atraían las misteriosas avenidas que existen entre cada ser humano y al fondo de las cuales se pone quizás cada tarde un insospechado sol de alegría o desesperanza. Cada persona en quien pensaba se hacía en seguida irresistiblemente simpática; eligió alternativamente las calles en las que podía imaginarse encontrar a una de ellas y si se hubiesen cumplido sus previsiones hubiese abordado al desconocido o al indiferente, sin terror, con un dulce estremecimiento. Tras la caída de un decorado armado demasiado cerca, la vida se extendía frente a él, en todo el encantamiento de su novedad y su misterio, en

paisajes amigos que lo invitaban. Y el remordimiento de que fuese el espejismo o la realidad de una sola noche, lo desesperaba; ya no haría otra cosa que comer y beber tan bien, para volver a ver cosas tan hermosas. Solo sufría por no poder alcanzar inmediatamente todos los lugares que estaban dispuestos aquí y allá en lo infinito de su perspectiva, lejos de él. Entonces lo sorprendió el rumor de una voz, algo aumentada y exagerada, que repetía desde hacía un cuarto de hora: "la vida es triste, es algo idiota" (esta última palabra estaba subrayada con un gesto seco del brazo derecho y notó el brusco movimiento de su bastón). Se dijo con tristeza que esas palabras maquinales eran una muy vulgar traducción de semejantes visiones que, pensó, no eran quizás expresables.

"¡Ay!, sin duda la intensidad de mi placer o de mi remordimiento se centuplica, pero el narrador intelectual es el mismo de siempre. Mi felicidad es nerviosa, personal, intraducible para otros y si escribiese en este momento, mi estilo tendría las mismas cualidades, los mismos defectos, ¡ay!, la misma mediocridad que de costumbre." Pero el bienestar físico que experimentaba le evitó pensar por más tiempo y le dio inmediatamente el consuelo supremo, el olvido. Había llegado a los bulevares. Pasaba gente a quienes otorgaba su simpatía, seguro de la reciprocidad. Se sentía su glorioso punto de mire; abrió su sobretodo, que le sentaba bien, y el clavel rojo oscuro de su ojal. Así se ofrecía a la admiración de los transeúntes, a la ternura con que estaba con ellos en voluptuoso comercio.

ÍNDICE

“Lo atraían las misteriosas avenidas que existen entre cada ser humano y al fondo de las cuales se pone quizás cada tarde un insospechado sol de alegría o desesperanza…

Colección
Lima Lee

